

Medio	Revista Mensaje
Fecha	11-07-2018
Mención	La ceguera tiene género. Mención a U. Alberto Hurtado.



LIDIA CASAS

Doctora en Derecho; directora del Centro de Derechos Humanos,
Universidad Diego Portales

La ceguera tiene género

Desde la perspectiva de los hombres, parecen naturales algunas conductas que hoy imperan en la sociedad respecto del trato a las mujeres. Sin embargo, el actual movimiento feminista representa un remezón tectónico que puede cambiar mucho.

Irrumpió en mayo pasado de una manera que nadie lo habría aventurado. Decenas de facultades de universidades públicas y privadas paralizadas, estudiantes —mujeres— movilizadas. Podríamos decir que pasamos del malestar a la indignación y movilización de las mujeres. ¿Por qué nadie vio lo que vendría? ¿Cómo no nos dimos cuenta? Estas preguntas surgieron en radios, programas matinales de la TV y numerosos medios de comunicación. En algunos círculos había conjeturas sobre la instalación de un movimiento para destruir a las organizaciones estudiantiles, así como del anarquismo o de un feminismo radical e irracional. Sin embargo, este movimiento que se ha expresado con fuerza es producto de un encubado malestar de las mujeres, expresado en el Informe PNUD 2010 *Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la igualdad*¹. Hoy las mujeres de a pie ven con optimismo, o bien con escepticismo las políticas de género impulsadas por las distintas administraciones. Esto en un escenario en que el discurso de mayor integración de las mujeres al mercado del trabajo remunerado está en constante tensión, enfrentado a una realidad en la que su inserción en la actual economía política las mantiene en una situación de discriminación estructural.

Medidas anunciadas en el último tiempo, como mejores pensiones derivadas del pilar solidario y el bono por nacimiento por hijo con efecto en el fondo de pensiones, ambas impulsadas por el primer Gobierno de Michelle Bachelet, fueron importantes, pues buscaron compensar los efectos negativos del trabajo doméstico no remunerado en un marco de predominio de trayectorias laborales accidentadas. Hasta el momento, las políticas correspondientes se han hecho insuficientes porque las remuneraciones de las mujeres se han mantenido sustantivamente más bajas que las de los hombres: debido al menor ahorro en los fondos de pensiones y la mayor longevidad de ellas, se han producido mayores tasas de pobreza entre las mujeres durante la tercera y cuarta edad, como lo resumen Gómez-Rubio, Zavala-Villalón, Ganga-León et al². Resultan ilustrativos también los antecedentes del último reporte de Fundación Sol respecto de las pensiones de marzo de 2018³. Resulta evidente que hay una trampa en las propuestas de avance hacia una mayor flexibilidad laboral y una mejor conciliación trabajo-familia: estas proposiciones no rompen con el paradigma del «trabajador ideal», según este es considerado actualmente, como tampoco con los roles de género asociados al cuidado y crianza de los hijos, ni superan esquemas de discriminación estructural.

El malestar en lo laboral ya estaba presente en las movilizaciones estudiantiles del 2016, cuando las mujeres levantaron la consigna de una educación laica y no sexista. Las autoridades universitarias —que apenas intuyeron que el currículum era parte de su ámbito de competencia—, no tomaron en serio esas manifestaciones.

Por otra parte, hay suficiente evidencia y estudios en curso en Chile sobre la transmisión de los estereotipos en el aula y sus efectos en la educación de las niñas y sus logros. Palestro muestra que en una revisión de veinticuatro textos escolares distribuidos en establecimientos públicos en el año 2014, arrojó que apenas un 28,9% de los textos de lenguaje incorporaban a mujeres como autoras, y cuando hay referencia a roles, los varones quedan ubicados en actividades relacionadas con la producción, la política y opinión, las actividades físicas o la aventura, mientras que las mujeres quedaba relegadas a roles de crianza o cuidado⁴. Entre las variadas, múltiples y distintas demandas, una de gran importancia es la mayor inclusión de textos escritos por mujeres en los materiales que se leen, a la vez que lograr que las mallas curriculares sean inclusivas. Esto debería significar que un libro para escolares como *Nicolás tiene dos papás*, o bien el original español *Nicolás tiene dos mamás*, no sea un tema de discusión, sino que se incorpore naturalmente como contenido a abordar.

Las estudiantes también han dado relevancia a la violencia predominante en los espacios universitarios, tema que surgió de parte de las mujeres estudiantes y no de la dirigencia estudiantil masculina. Abrir esa conversación simultáneamente, además de la educación gratuita y de calidad, significaba abrir un flanco interno al interior del movimiento. En esos espacios hubo situaciones de violencia que la dirigencia masculina no fue capaz de enfrentar y la demanda por detener esa violencia —generada entre los distintos estamentos, incluyendo los alumnos— se mantuvo latente.

Lo que estaba a punto de hacer explosión allí se manifestó con fuerza el año 2017. Varias facultades de distintas universidades públicas fueron paralizadas, y no solo la respuesta institucional no estuvo a la altura, sino tampoco la del mundo académico. Este, a través de liderazgos masculinos, hizo defensas corporativas y minimizó los reclamos contra profesores por episodios de acoso sexual experimentados por estudiantes. Algunas universidades adoptaron medidas y protocolos para responder al acoso, la violencia y la discriminación. Tales esfuerzos han ido en la dirección correcta, pero su interpretación y aplicación a veces ha estado teñida por visiones estereotipadas sobre las mujeres, incluso responsabilizándolas por las violencias que experimentan.

UN SEXISMO ENQUISTADO

Lo que no se entiende es que exista violencia de género. Hablar de género asusta en algunos sectores de nuestra sociedad, pues constituye una apuesta teórica y política que cuestiona los cimientos de la naturalización de la violencia, de las relaciones asimétricas de poder. Impepa un discurso sobre mujeres que no rompa con aquello que debe ser cambiado estructuralmente. No hay comprensión por parte de nuestra sociedad, como tampoco un esfuerzo de observación crítica del entorno y de las miles de mujeres que el año 2017 se alzaron bajo el eslogan de #Niunamenos por todas las ciudades de Chile. Hoy muchos están impactados por los cuerpos desnudos que se han observado en las manifestaciones, pero no se han enterado de que los torsos desnudos y pintados se levantan desde hace ya varios años para ejercer el derecho performativo a manifestarse en la esfera pública, reclamando por mejores condiciones económicas, sociales y políticas. Demandan tener «una vida vivible», según la filósofa Judith Butler. Por ello, el mayo del 2018 se debe observar como una movilización social que encarna una profunda indignación individual ante eventos que aparecían como aislados.

Quizá lo que más impacta es la miopía de no querer ver el trasfondo de los focos de discriminación de género en donde se inserta la violencia; se trata del sexismo no solo respecto de las mujeres, sino también de las sexualidades subalternas. Proviene de distintos mundos, como autoridades, políticos, académicos u hombres de negocios. Ejemplos claros son los desatinos, algunos de ellos recientes, del presidente Sebastián Piñera o del ministro de Salud, Emilio Santelices, así como de otros anteriores de parte de parlamentarios, ministros y empresarios⁵. Ha habido también expresiones de sexismo y de violencia simbólica contra la mujer «en varias oportunidades de parte de parlamentarios de Chile Vamos» en la tramitación de la Ley General de Violencia contra las Mujeres en la Comisión de Legislación y Justicia de la Cámara de Diputados, y en la de interrupción del embarazo, minimizándose los efectos de la violencia sexual contra niñas y mujeres.

PREGUNTAS QUE NO SE HACEN EN SERIO

El Gobierno habla de la agenda «mujer» «y no de género» impulsando reformas constitucionales y legales. Los momentos políticos son dinámicos. Solo el año pasado se hablaba de la ideología de género, de un bus que recorría las calles de Santiago, de la abundancia de discursos homo y transfóbicos por parte de algunas personas que fueron asesoras de su pasada administración, pero también presentes en la actual coalición gobernante. La coyuntura política obliga a hacer rápidos giros que se explican por factores externos y no por convicción. Así como el mundo político se refiere a los legítimos reclamos de las mujeres, abundan las columnas de intelectuales y autoridades universitarias que no están dispuestas a preguntarse por los gobiernos universitarios, la revisión de las brechas salariales, las políticas de ascenso y los impactos de género en las políticas de remuneración al interior de las universidades, a partir de lo que es valorado o no en ciertas disciplinas⁶.

Es curioso, por decirlo de alguna manera, cómo varones, intelectuales o políticos comenzaron a hablar de equidad de género cuando antes del estallido del movimiento estudiantil feminista, el género era una cues-

tión situados en los márgenes de discusiones políticas o sociales. Era mirada con desconfianza o, simplemente, con desdén. Hoy algunos incluso levantan las banderas de la justicia de género.

Este despertar debiera desprejuiciar los debates en el Congreso, el diseño e implementación de las políticas públicas. Será un desafío para el actual Gobierno llevar a cabo esta tarea, considerando que algunas de las personas que participan en cargos técnicos han tenido un rol importante rechazando el reconocimiento de la diversidad sexual o los derechos de las mujeres. ¿El Gobierno del presidente Piñera promoverá una política de paridad de género, o solo tendrá un discurso pro-mujer? La vara está más alta, por lo cual ya no bastarán solo palabras.

Este mayo reciente no responde a las lógicas del movimiento feminista de la segunda ola. Lleva en sí el aprendizaje de todas las expresiones de feminismo: el liberal que lucha por igualdad de derechos y oportunidades, igual salario por igual trabajo y por un adecuado reconocimiento a las labores de crianza y cuidado a niños, enfermos y personas mayores, tareas que impactan de manera importante en la vida de las mujeres. Y también un aprendizaje de un feminismo radical que sitúa la violencia sexual como el eje de subordinación de las mujeres, a la vez tributario de un feminismo socialista que busca transformaciones sociales y económicas, y no una agenda de mujer.

Las demandas están cargadas de un llamado a mayor punición —es decir, la búsqueda de justicia— que tarda —si es que llega— y por ello los canales institucionales en ocasiones han sido reemplazados por lo vertiginoso de los reclamos y funas en las redes sociales para combatir la sensación de impunidad. Las mujeres han perdido confianza en las instituciones, así como lo ha hecho también la ciudadanía en general, y ello tiene el riesgo de que haya quienes busquen la justicia por la propia mano. Es en ese sentido que hoy se debe hacer un especial esfuerzo por acoger e investigar las denuncias, prescindiendo de estereotipos de género. De la misma manera, se hace imperioso tomar en serio las demandas por una buena administración de justicia.

UN MOMENTO CULTURAL Y POLÍTICO

El actual movimiento feminista no está compuesto por grandes organizaciones, sino por múltiples colectivos, organizaciones de base cuyas orgánicas y su articulación social no responden a las antiguas lógicas de conducción política. Hace casi un siglo teníamos al Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH), y luego las múltiples y diversas organizaciones feministas de los ochenta y noventa, como La Morada y el Instituto de la Mujer, en que confluían mujeres militantes de partidos de izquierda. Es así a pesar de que, entre sus integrantes, hay muchas mujeres que están en los tradicionales partidos de izquierda y las nuevas orgánicas políticas. Es parte de un movimiento estudiantil, pero no responde a las organizaciones estudiantiles. Por ello, es más difícil negociar la agenda que presenta.

Lo importante del movimiento es que ha marcado un momento cultural y político, creando conciencia de que hay comportamientos que no serán aceptables, en que el chiste machista y la misoginia no serán tolerados. A ello se suma un factor generacional importante: son las jóvenes quienes expresan efervescencia, pero a ellas se van sumando otras mujeres, más adultas, las que se sienten o sentimos representadas en las demandas. Las que se movilizan son mujeres jóvenes y detrás de ellas hay muchas más, por lo cual el movimiento que hoy observamos se mantendrá por un largo rato.

Ese momento dejó atrás su condición de «moda». Se transforma ahora en un movimiento político-social y cultural, lo cual debiera configurarlo como un catalizador de cambios para que, por ejemplo, en las conductas en los litigios se fortalezca el respeto a las personas involucradas y a un correcto empleo de los procedimientos legales.

Este es un movimiento de placas tectónicas que mueve la tierra fuerte una y otra vez, con placas que se reacomodan. Sin embargo, como en los grandes movimientos telúricos, cuando el movimiento se aquieta, nos damos cuenta de que la geografía del paisaje ha cambiado. Eso es lo que ha estado pasando silenciosamente frente a nuestros ojos, un sismo de gran envergadura, que debe dar paso a una nueva fisonomía de los territorios que habitamos. MSJ

1 Uno de las entrevistas reseñadas en el Informe retratan esa mayor incorporación a costa de asumir más tareas: «...y partimos los dos a trabajar en pareja, a distintas partes, pero llegamos y trabajamos las mismas horas, a veces como oficinistas. y nos devolvemos a la casa, ¿no es cierto» ¿Qué pasa en la casa? Yo lo veo, yo lo hice, he tratado de enmendarlo, pero yo llego a la casa, me ducho, me siento a ver la tele o la radio. ¿Y la señora? La señora no, *poh*, la señora llega, cocina, hace las camas si es que no las ha hecho en la mañana y hace todo lo demás, trabaja un 50% más». PNUD, Desarrollo Humano en Chile. *Género: los desafíos de la igualdad 2010*, Santiago, 2010, p. 154.

-
- 2 Constanza Gómez-Rubio, Gloria Zavala-Villalón, Catalina Ganga-León, Wilson Rojas Paillalef, Ricardo Álvarez Astorga, y Sol Salas Allende, «Jubilación en Chile: Vivencias y percepciones de mujeres jubiladas por el sistema privado de pensiones», *Psicoperspectivas* vol.15 no.3 Valparaíso nov. 2016, p. 113.
- 3 Este indica que una mujer que ha cotizado por más de 30 y menos de 35 años recibió en promedio de \$277.489 y de una mediana de \$217.253 mensuales, y respecto de varones por la misma cantidad de años una pensión promedio de \$427.225 y una mediana de \$271.017. Fundación Sol, «Las pensiones de los nuevos jubilados y jubiladas de marzo de 2018», <http://www.fundacionsol.cl/graficos/nuevos-jubilados-marzo-de-2018/>
- 4 Sandra Palestro, «Androcentrismo en los textos escolares», en *Educación no Sexista. Hacia una Real Transformación*, Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, Santiago, 2016, pp. 16-17.

¿El Gobierno del presidente Piñera promoverá una política de paridad de género, o solo tendrá un discurso pro-mujer? La vara está más alta, por lo cual ya no bastarán solo palabras.

- 5 El sexismo es transversal y se normaliza. El actual mandatario, ya en su campaña electoral había hecho gala de mal gusto al hablar de «las mujeres haciéndose las muertas y los hombres haciéndose los vivos tirándose encima de ellas» y, luego, recientemente expresando un piropo *estilo Piñera* a la presidenta de la Cámara de Diputados, Maya Fernández. Por su parte, el señalado ministro, durante su intervención en la interpelación el 2 de mayo, se refirió permanentemente a la diputada Marcela Hernando como «diputado», hasta que se le pidió rectificar. Están también los episodios del «piropo» del diputado PPD Marco Antonio Núñez a una parlamentaria de la bancada de su propia en plena sesión de Sala, y también permanece en nuestro recuerdo el regalo de una muñeca inflable en la reunión de Asexma al entonces ministro de Economía, Luis Felipe Céspedes, en diciembre de 2016.
- 6 Elisabeth Simburger y Rosario Undurraga, «Jerarquías epistemológicas: formas de invisibilizar el género en las carreras de sociología en Chile», *Desigualdad en Chile: la continua relevancia del género*, ed. Claudia Mora, [Universidad Alberto Hurtado](#), Santiago, 2013, pp. 171-195.

Son las jóvenes quienes expresan efervescencia, pero a ellas se van sumando otras mujeres, más adultas, las que se sienten o sentimos representadas en las demandas.